

Clemente Riedemann
Poeta

Tantos chicos sentados junto al fuego

Nos juntábamos como a las nueve de la noche. Éramos un grupo de quince o veinte jóvenes, en su mayoría estudiantes, para conversar, bailar o hacer chistes sobre la dictadura a la que temíamos y odiábamos. Siempre había un momento para cantar las canciones de Silvio Rodríguez, Piero, Sui Generis, Víctor Jara o Paco Ibáñez. Algunos leían poemas y otros ejercitaban pequeñas representaciones teatrales.

También cantábamos canciones inventadas por nosotros y ello siempre resultaba alentador. Eran canciones que relataban lo mismo que estábamos viviendo. Eso nos permitía ver con claridad lo principal de nuestro empeño por reunirnos. No queríamos ser secuestrados. Imaginábamos, entonces, que estando juntos nada podría dividirnos. Que los milicos no se atreverían a ponernos las manos encima.

El toque de queda comenzaba a la una de la madrugada y terminaba poco después del amanecer. Durante ese periodo ninguna persona podía estar fuera de casa o transitar por las calles sin autorización expresa de los militares. Los camiones de ejército y las cucas de los pacos patrullaban permanentemente la ciudad y mantenían cierta regularidad en sus horarios de desplazamiento. Los autos y camionetas de la DINA, sin embargo, se movían erráticamente. Lo único seguro era que cuando salían algún conocido o conocida, a veces miembro del grupo, desaparecía.

Cuando las cosas iban bien, es decir cuando no había a nadie a quien llorar, avisábamos a nuestras casas que pasaríamos el toque de queda juntos. Entonces nos poníamos manos a la obra. Unos preparaban ceviche de corvina, una tallarinata, una parrillada. Otros se preocupaban de seleccionar la música o practicar con una guitarra, un cello, un contrabajo, cuyos sonidos eran como el anuncio de mejores tiempos. Unos cuantos preparaban improvisados panfletos que luego arrojaban por los pasillos de la casa. Varios de ellos llegaron luego a las ligas mayores que eran las calles de la ciudad. Pero la mayoría de los chicos se entregaban al parloteo sin fin de las anécdotas estudiantiles, el deporte, los consultorios sentimentales y los comentarios sobre las noticias nacionales e internacionales.

Luego nos sentábamos a la mesa en medio de una amable camaradería. Casi siempre habían detenido a alguno o alguien acababa de ser puesto en libertad. Al cabo continuábamos la conversación sentándonos en el piso alrededor de una estufa. Se oía el ronronear del fuego y veíamos la luz de las llamas oscilar a través de las rendijas de hierro. El fuego nos obsesionaba. Esas flamas encerradas pero siempre en movimiento eran una buena metáfora de nuestra propia situación. Algún día se terminaría la dictadura. Y alguna noche, quizás ya establecida en el futuro, volveríamos a transitar libremente por las calles en busca de trabajo, amor, conversación, alcohol o marihuana.

A veces se agregaba el sonido de la lluvia repiqueteando en el techo o el ruido de los motores de las patrullas militares merodeando por las calles cercanas. Afuera todo era

tenebroso. La noche era secuestro, desaparición, crimen. Pero allí dentro, contemplando los rostros de los amigos iluminados intermitentemente por las llamas, era el paraíso. La atmósfera era cálida y distendida. Teníamos miedo, pero nos dábamos ánimo diciendo que alguna vez todo tendría que cambiar. ¡Cuántas ilusiones nos hacíamos! ¡Cómo soñábamos entonces! De pronto, cuando el cansancio nos adormilaba, aparecía una taza de vino caliente, un poema, una nueva canción y la comunicación retomaba su vigor.

La contemplación del fuego nos tranquilizaba, nos regalaba un momento de paz. El fuego avivaba la imaginación, apretaba la memoria y despertaba el deseo. ¡Cuántos afectos nacieron en esa cercanía! ¡Cómo se fortaleció el compromiso por defender lo bueno y lo bello de la vida! Muchas veces, más de alguno no podía controlar la emoción o la pena y estallaba en sollozos. Los demás guardábamos silencio. Simplemente permitíamos que la emoción se desahogara y se desvaneciera, hasta que sólo se oía el repiqueteo de la lluvia, que amábamos como a una diosa protectora y eterna

Nos acompañábamos. Teníamos esa certidumbre. Le robábamos un poco de alegría a la noche enemiga y era maravilloso sentirse parte del grupo, donde siempre encontrábamos apoyo y cobijo. Entendíamos que no se podía hacer gran cosa, excepto estar allí reunidos y esperar. Esperar lo que fuera necesario, pero juntos, pues las cosas tendrían que cambiar favorablemente algún día.

Acabábamos por dormirnos alrededor del fuego, compartiendo las frazadas, escuchando el correteo de la lluvia por las canaletas, el gruñido de los perros, administrando cada cual la dosis de su propia angustia. Y la aurora nos sorprendía chascones o ebrios o abrazados, pero siempre con una canción nueva en el alma.

Sabíamos que al amanecer el círculo se separaría y que habríamos de regresar a la incertidumbre del exterior. Nos marchábamos de a dos en dos y pronto desaparecíamos en la neblina de los callejones. Todo era de nuevo húmedo y frío, pero llevábamos puesto el calor y la luz del fuego que nos había acompañado durante la travesía de la noche.

Luego el sueño se hizo realidad y ninguno sabe bien que pasó con nosotros. Ni siquiera recordamos con precisión los rostros y los nombres de quienes nos reuníamos. Y éramos tantos chicos sentados junto al fuego. ¡Qué bellos éramos entonces! Quizás fuimos felices junto a esas estufas. Quizás esa era entonces la felicidad, pero no podíamos saberlo. ¡Teníamos tanto miedo! ¡Era tan poderoso el enemigo!

Recordarlo es un poco triste, porque éramos jóvenes y la autoridad nos odiaba. Ese odio era algo que nos desalentaba mucho. Era como si trataran de borrar la línea del horizonte con el talón de la bota. "Ustedes tienen sueños, pero no valen la pena" parecían decirnos.

Sin embargo, cada vez que dejo entrar en mi mente la imagen de ese fuego oscilando tras los hierros, siento de nuevo la fuerza que nos permitió resistir y sobreponernos a la desgracia. Veo aún el rostro noble y bello de la vida como una chispa que me impulsa hacia lo desconocido.

Lo mejor para el relato consistiría en hacer irrumpir a la policía en una de esas reuniones y hacer que nos llevaran a todos detenidos. Pero no fue así, lo cual es terrible

para la literatura. Por el contrario, a veces, mientras bailábamos una cumbia, una salsa, un son cubano, como puestos allí por una nave extraterrestre, veíamos una pareja de carabineros parados en la puerta de la casa. Ellos echaban un vistazo, pero parecían incómodos. En más de una ocasión aceptaron un café o un vaso de pisco. Luego continuaban con su ronda. En cierto modo también eran prisioneros.

Esas experiencias nos enseñaron a diferenciar entre los fanáticos de la dictadura y quienes "debían parar el mono" del control ciudadano. Nuestro enemigo era la DINA. Todavía lo es. Lo será por siempre. El dictador murió sin pedir perdón y no podrá ser perdonado. El perdón es un don de amor que se otorga a quien lo solicita.

¿Quién era ese yo entonces en aquél espacio? ¿Qué queda de aquel en mí? Casi nada, lo confieso con sinceridad. ¿Y qué fue de todos los otros? ¡No tengo la menor idea! La vida cambió demasiado rápido y no todos pudimos acomodarnos al cinismo que impone una vida dirigida por el dinero. Otros sí lo hicimos, al menos en parte.

Quizás todavía esperamos junto al fuego la llegada de un nuevo amanecer. Sólo que ahora estamos solos. Cada cual con su crédito hipotecario, sus vidas hechas y desechas. Y su televisor, por supuesto.

Hay días en que siento que toda mi vida ha consistido en levantarme e internarme en la neblina. Pero hay otros días, luminosos, en que me siento plenamente conectado al universo. "Soy un organismo", me digo, "Si establezco alianzas de cooperación, sobreviviré" "Si amo, habrá valido la pena vivir."

En esos bellos días, al encontrarme conmigo frente al espejo, me guiño un ojo y me pregunto a quemarropa "¿Estás dispuesto a dar la batalla por la felicidad?" "Sí, quiero", me oigo decir. Luego todos mis pasos parecen encaminarse en esa dirección.

Para citar este artículo

Clemente Riedemann. 2008 . «Tantos chicos sentados junto al fuego». *Documentos Lingüísticos y Literarios*